

Artículo de Revisión Bibliográfica

La metáfora como mecanismo creativo y comunicativo

Metaphor as a creative and communicative mechanism

Héctor Acebo Bello 1.

1. Doctor en Periodismo, conferencista y escritor. Coordinador de Investigación (Ciencias Sociales y Empresariales) y docente en la carrera de Comunicación y Medios Digitales, Universidad Privada del Valle, Cochabamba. Editor Jefe de Compás Empresarial. Presentador del sector de cine en el programa 'Matinata', de Univalle TV. hacebob@univalle.edu

RESUMEN

El presente artículo tiene como objetivo revisar la extensa bibliografía concerniente al uso de la metáfora, tropo o recurso semántico que establece una relación de semejanza entre dos elementos: uno real y otro imaginario. Mucha gente ha aceptado la idea errónea de que la metáfora es utilizada únicamente por los literatos como un fútil aderezo, como un mero procedimiento ornamental; pues bien, el presente documento pretende poner de manifiesto que la mencionada figura retórica, además de expresar con belleza, ideas y sensaciones subjetivas, nos permite comunicarnos en nuestro día a día de un modo efectivo y, en consecuencia, entender las acciones de toda la sociedad.

Palabras clave: Metáfora. Retórica. Oratoria. Comunicación. Poesía.

ABSTRACT

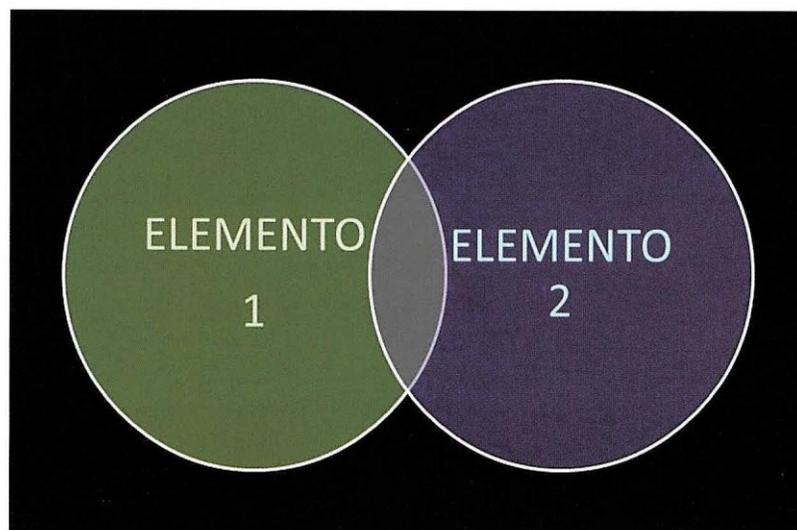
The aim of this article is to review the extensive bibliography concerning the use of metaphor, trope or semantic resource that establishes a relation of similarity between two elements, one real and the other imaginary. Many people have accepted the misconception that the metaphor is used only by the literati as a futile dressing, as a mere ornamental procedure; well, this document aims to show that the aforementioned rhetorical figure, in addition to expressing ideas and subjective sensations with beauty, allows us to communicate in our day to day in an effective way and, consequently, to understand the actions of the whole society .

Keywords: Metaphor. Rhetoric. Speech. Communication. Poetry.

INTRODUCCIÓN

La metáfora es un tropo o figura semántica que, en expresión de Jakobson (1973, p. 133), establece una "relación de semejanza" entre dos elementos, uno real y otro imaginario. El resultado de esa conexión es la conceptualización, o sea, la posibilidad de expresar (y entender) un elemento en términos de otro (Lakoff y Johnson, 2009, p. 41).

Figura 1. Esquema de la metáfora

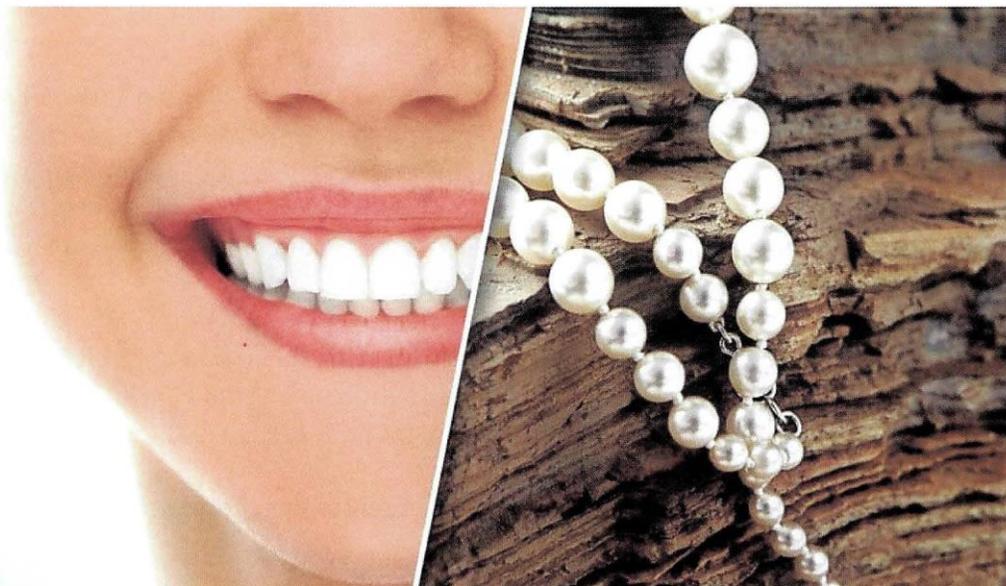


Fuente: <https://slideplayer.es/slide/1672269/>. 22 de abril de 2019.

De acuerdo con el Grupo μ (1987, p. 184), existen dos fórmulas posibles para expresar la metáfora:

1. *In absentia*: cuando el plano real se omite, siendo solo visible el irreal: “Me cautivan sus perlas”.
2. *In praesentia*: cuando los dos planos están expresados explícitamente: “Los dientes son perlas”.

Figura 2. Representación visual de la metáfora “Sus dientes son perlas”



Fuente: <https://muyeducativo.com/literatura/metafora/>. 22 de abril de 2019.

Como demostraron los lingüistas cognitivos Lakoff y Johnson (2010, p. 39), y como suscribe Escandell Vidal (1993, p. 219), ha calado en el imaginario colectivo la reduccionista idea de que la metáfora es utilizada casi exclusivamente en el registro literario, como si dicha figura se tratase de un simple ornamento o como si fuese exclusivamente producto de la arbitrariedad. Pero lo cierto es que la metáfora también está inserta desde siempre en el lenguaje estándar.

De hecho, en la Antigua Roma, Cicerón (2002, p. 446) ya explica que el cambio de significado de una palabra a otra, aun siendo para él este proceso un desvío del uso normal del idioma, está en la esencia del código lingüístico. En todos los idiomas, los conceptos, los sentimientos y las sensaciones siempre son superiores a las palabras. Las metáforas tratan de paliar, pues, el problema de no poder asignar un significante distinto a cada uno de los significados que existen en una comunidad lingüística.

Solventes autores del siglo pasado, como Richards (Simon Schumacher, 1987), Black (1966), Perelman y Olbrechts-Tyteca (2000), demostraron que, en contra de lo que pueda parecer al primer golpe de vista, en una metáfora, más que traslaciones o desplazamientos de palabras, se producen asociaciones entre los planos de la figura retórica. En ese sentido, Richards explicó que la metáfora sería más bien una función del lenguaje —y, en consecuencia, un acto de pensamiento—, de ahí que el hablante vea de un modo innato semejanzas entre las cosas (Simon Schumacher, 1987).

En el s. XIX, Nietzsche (2009) ya había dicho que el lenguaje sirve al hombre para designar las relaciones de las cosas con respecto a él (“El tiempo es dinero”, “Una discusión es una guerra”, “Sus cabellos de oro”...); y para manifestar esas relaciones, utiliza, indefectiblemente, las metáforas.

DESARROLLO

La metáfora es una figura semántica que ha merecido muchos estudios. En este apartado, repasaremos, cronológicamente, algunos de los teóricos y corrientes más destacados.

La metáfora según la Retórica

La Retórica nació en la Antigua Grecia (concretamente en la isla de Sicilia), en torno al 485 a. de C., con el objetivo de teorizar sobre la expresión escrita y hablada, teniendo como principal objetivo la persuasión. Uno de los primeros autores griegos que reflexionó acerca de la metáfora fue Aristóteles (2013, p. 92): “Metáfora es la traslación de un nombre ajeno, o desde el género a la especie, o desde la especie al género, o desde una especie a otra especie, o por analogía”. El sabio define la analogía (a la que también llama “metáfora proporcional”) de este modo:

(...) cuando el segundo término sea similar al primero, como el cuarto al tercero; pues entonces se podrá usar el cuarto en lugar del segundo, o el segundo en vez del cuarto; y a veces se añade aquello a lo que se refiere el término sustituido (Aristóteles, 2013, p. 93).

Aristóteles (2012, p. 278) subraya que las expresiones ingeniosas se obtienen, en buena medida, mediante analogías y metáforas personificadoras.

Siglos más tarde, las enseñanzas del autor de Poética y Retórica fueron recogidas con fidelidad por los principales teóricos de la Antigua Roma: Cicerón, Horacio, Quintiliano, etcétera. Unos y otros, helenos y latinos, coincidían en que la metáfora, en tanto que traslación, constituye una desviación del uso ordinario del lenguaje. En ese sentido, Quintiliano (2004), el primer gran estudioso que recopila

y sistematiza la teoría retórica, precisa que la metáfora es —como la alegoría o la metonimia— un “tropo”, o sea, un desplazamiento semántico.

Sin embargo, los teóricos de la cultura clásica también alaban el valor cognitivo de la figura. Así, Aristóteles (2013, p. 100) creía que tiene talento quien emplea buenas metáforas, pues estas descubren semejanzas —y ahí reside el valor cognitivo de la figura— entre las cosas. Para el estudioso griego, por ende, el citado tropo nos ayuda a percibir de un modo distinto la realidad, con lo que, al activar el mecanismo, no sólo se embellece el lenguaje, sino que se transmiten ideas. Y es que, en palabras del griego, “(...) cuando el poeta llama a la vejez ‘rastrojo’ produce en nosotros un aprendizaje y el conocimiento a través de una clase, pues ambas cosas implican que algo se ha marchitado” (Aristóteles, 2012, p. 272).

Lo ideal para Aristóteles (2013, p. 97) es que, en la oratoria, se combinen las palabras usuales con las extrañas: las primeras son aliadas de la claridad, mientras que las segundas combaten la vulgaridad. Ya en la Antigua Roma, Cicerón (2002, p. 447) define de este modo la metáfora: “(...) consiste en la brevedad de una comparación reducida a una sola palabra (...)”. El experto en oratoria afirma que las traslaciones deben hacerse cuando se da una gran semejanza entre la cosa original y la cosa trasladada, o cuando esta no disponga de un término propio en la lengua (Cicerón, 2002, p. 447), lo que se conoce como catacresis. Efectivamente, pese a la continua ampliación léxica, en ningún idioma hay un significante distinto para cada uno de los posibles significados de una comunidad lingüística. La metáfora, para Cicerón, paliaría ese problema:

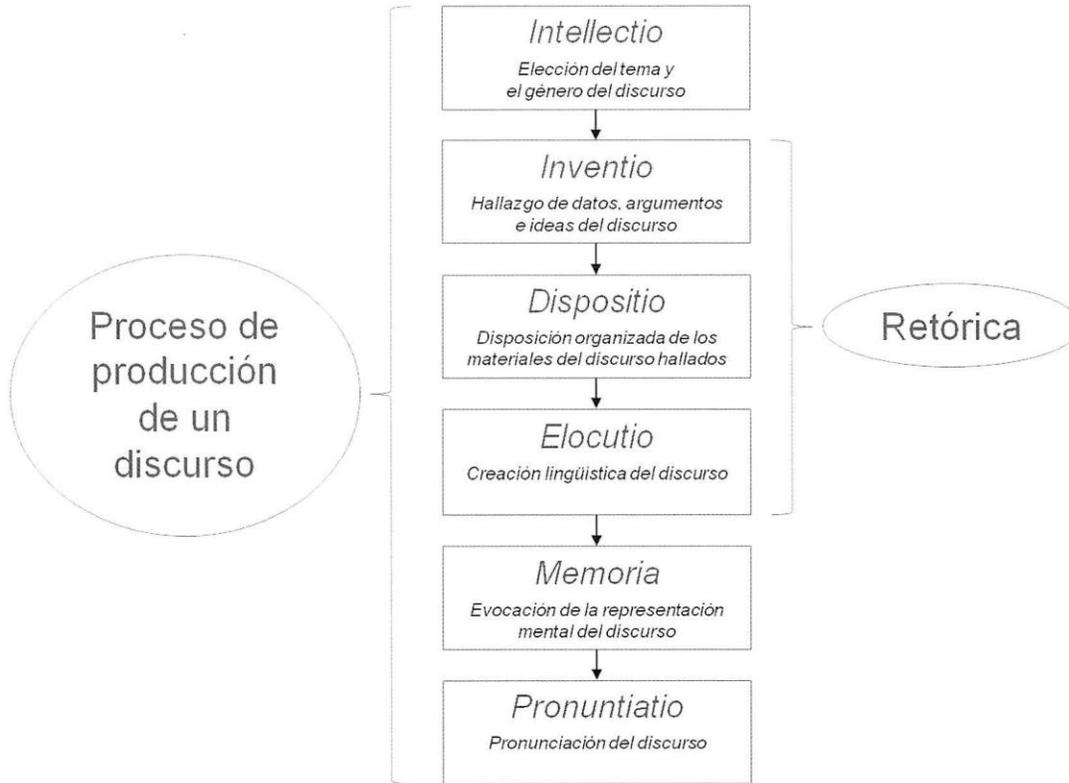
Pues, así como la ropa al principio se inventó para repeler el frío y después se empezó también a usar para el adorno y decoro del cuerpo, así la traslación de una palabra se estableció por ausencia de una propia y luego se extendió por placer (Cicerón, 2002, pp. 446-7).

Cicerón (2002, pp. 450-1) subraya que las metáforas sirven para establecer relaciones entre las cosas, y que permiten esclarecer las ideas de un discurso. El estudioso insiste, eso sí, en la idea de no forzar las metáforas, de evitar buscar el parecido entre cosas que son muy distintas entre sí, “(...) pues los ojos de la imaginación se dejan llevar más fácilmente a lo que se ha visto que a lo que se conoce de oídas”. Vemos que, para Cicerón, en consonancia con Aristóteles (y en general, con toda la Retórica), es conveniente huir del abuso de la metáfora.

Quintiliano (2014) explicó que el proceso retórico cuenta con varias fases: *intellectio*, *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria*, *actio*. La *elocutio* se refiere al momento de poner por escrito las ideas, y una de sus partes es el *ornatus* (ornato), que consiste en alcanzar una expresión bella por medio de las figuras retóricas, para así deleitar al auditorio. Dueñas matiza que, para el estudioso hispanorromano, el ornato entronca con la filosofía, trascendiendo el mero hecho de adorar:

(...) el uso del ornato, en sus formas más convenientes para cada caso, perfila y acrisola la idea, hace que aparezca en todo su esplendor conceptual y representativo; el ornato es sustantivo dentro del proceso de *elocutio*: de ahí la aspiración de Quintiliano por encontrar siempre *pulcherrima verba* o *pulcherrimas orationes* y también el hecho de no hacer del ornato lo más evidente, de “disimularlo”, más bien, de que se note por su eficacia artística y comunicativa, nunca de manera gratuita (...) (Dueñas, 2014, pp. 103-104).

Figura 3. Esquema de las fases del proceso retórico, de acuerdo con Quintiliano



Fuente: <https://plaka-logika.blogspot.com/2013/09/el-discurso-y-sus-fases-de-produccion.html>. 2 de mayo de 2019.

Conectando de nuevo con Aristóteles, Quintiliano (2004) resalta que existen dos tipos de tropos: los que sirven para significar —como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque o la onomatopeya—, y para adornar —la alegoría, el hipérbaton, la hipérbole o la ironía—. No obstante, el autor de Instituciones oratorias precisa que hay también adorno en aquellos tropos que buscan la significación (Quintiliano, 2004), como la propia metáfora.

La metáfora en la Edad Media

Tras varios siglos de vacío teórico, arribamos a la Edad Media, donde la metáfora adquiere un marchamo de religiosidad. De acuerdo con Moreno Lara (2005), Dante, refiriéndose a la *Commedia*, distingue en su Paraíso diferentes niveles de significación: el literal, el alegórico, el analógico y el tropológico. Desde el punto de vista del poeta italiano, estos cuatro niveles tienen relación con la metáfora en tanto en que el poeta no sólo debe ahondar en su realidad personal, sino también transmitir un mensaje moral y espiritual.

La metáfora en los siglos XVI y XVII

En el siglo XVI, uno de los principales teóricos que ahondó en la metáfora fue Juan Luis Vives, y lo hizo conectando con los postulados de los autores grecolatinos. De acuerdo con el escritor español, la metáfora o “traslación” se realiza por semejanza, que (...) se inventó para explicar una cosa menos conocida por otra más conocida, en lo cual es especialmente indulgente el lenguaje común, pues, sin duda, sería incompleto y huérfano si no se le permitiese esta licencia, dado que con frecuencia es infantil y también mudo (Vives, 1998, p. 23).

Según el autor de *El Arte Retórica*, las palabras que se beneficiaron de esa modificación son casi tantas como las que permanecieron en su lugar natural (Vives, 1998, p. 19).

En el siglo XVII, tanto el Racionalismo como el Empirismo consideran la metáfora como un recurso únicamente decorativo. Los racionalistas y empiristas comparten con los maestros de la Retórica la idea del tropo como sustitución, pero, al contrario que aquellos, lo despojan de su carácter de significación. El inglés John Locke, que es el padre del Empirismo y que además comulga en ciertos aspectos con el Racionalismo, representa magníficamente esa desacreditación de la metáfora. En *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Locke explica que la citada figura oscurece el entendimiento:

(...) si queremos hablar de las cosas como son, debemos admitir que todo el arte de la retórica, exceptuando el orden y la claridad, todas las aplicaciones artificiosas y figuradas de las palabras que ha inventado la elocuencia, no sirven sino para insinuar ideas equivocadas, mover las pasiones y para seducir el juicio (...) (Locke, 2017).

Locke (2017) considera que la metáfora pervierte la verdad y el conocimiento, de ahí que abogue por evitar el uso de la figura en todos los discursos de carácter informativo y didáctico. Efectivamente, el empirista sólo ve conveniente el uso de la metáfora en los discursos puramente literarios: “Admito que en los discursos en los que pretendemos más el placer y el agrado que la información y el aprovechamiento, semejantes adornos tomados de ellos no pueden pasar por faltas” (Locke, 2017).

La metáfora en los siglos XVIII y XIX

En el s. XVIII, Joseph Addison bebe en aguas aristotélicas a la hora de interpretar la metáfora —que considera una especie de alusión o semejanza, como la alegoría (Addison, 1991, p. 209)—, oponiéndose rotundamente a la idea meramente decorativa que tenían los racionalistas del tropo. De acuerdo con el escritor inglés, “(...) el principal designio de las alusiones es ilustrar y explicar los pasajes [sic] de un autor (...)” (Addison, 1991, p. 210). Asimismo, Addison considera que la metáfora proporciona placer estético al conocimiento: “Una metáfora noble, colocada ventajosamente, esparce en torno una especie de gloria, y da lustre á [sic] toda una sentencia” (Addison, 1991, p. 211).

Para el autor de *Los Placeres de la Imaginación*, las alusiones agradan a la imaginación; y ese talento casa con cualquier escrito, pero es, sin duda, la raíz de la poesía (Addison, 1991, p. 211).

En el s. XIX, los principales teóricos del Romanticismo literario (P. B. Shelley, Coleridge y Wordsworth) reivindican igualmente el carácter cognitivo de la metáfora. De acuerdo con los citados románticos, “(...) en la metáfora se condensa la actividad de la imaginación que toma contacto con la realidad

mediante la creación y la fantasía frente a la fría razón analítica” (Vega Rodríguez, 1999).

Shelley vertió sus más célebres reflexiones sobre la lírica en *Defensa de la Poesía* (1841). En ese libro, el vate y teórico inglés define la poesía como “(...) 'la expresión de la imaginación'” (Shelley, 1942, p. 5) e indica que su lenguaje es, en esencia, metafórico, en tanto que descubre relaciones entre las cosas (Shelley, 1942, p. 7). Shelley recalca esa capacidad cognitiva de la metáfora al escribir:

(...) si no surgen nuevos poetas para crear otra vez las asociaciones que se han desorganizado, el lenguaje habrá muerto para todos los más nobles fines del trato humano.

Aquellas semejanzas o relaciones que se expresan en el lenguaje metafórico son, según dice muy sagazmente Lord Bacon, “las huellas mismas de la naturaleza, impresas sobre los diversos sujetos sensibles del mundo”, y considera la facultad de percibir las como el almacén de axiomas común a todo conocimiento (Shelley, 1942, p. 5).

Nietzsche, uno de los filósofos más importantes del s. XIX, también se adentró en los vericuetos de la metáfora. Según el autor alemán, el lenguaje sirve al hombre para designar las relaciones de las cosas con respecto a él; y para expresar esas relaciones, recurre a las metáforas —nuestras percepciones comienzan en la creación de ellas—, con lo que toda palabra se convierte, indefectiblemente, en concepto (Nietzsche, 2009).

En la misma obra, *Sobre Verdad y Mentira* en sentido extramoral (1873), el pensador germano explica que la naturaleza es inaccesible e indefinible, por mucho que nosotros le demos una forma, un género o un nombre:

Creemos saber algo de las cosas mismas cuando hablamos de árboles, colores, nieve y flores y no poseemos, sin embargo, más que metáforas de las cosas, que no se corresponden en absoluto a las esencias primitivas. Del mismo modo que el sonido toma el aspecto de figura de arena, así la enigmática X de la cosa en sí se presenta, en principio, como excitación nerviosa, luego como Figura, finalmente como sonido articulado. En cualquier caso, por tanto, el origen del lenguaje no sigue un proceso lógico, y todo el material sobre el que, y a partir del cual, trabaja y construye, el hombre de la verdad, el investigador, el filósofo, si no procede de las nubes, tampoco procede, en ningún caso, de la esencia de las cosas (Nietzsche, 2009).

La misma verdad, según Nietzsche (2009), es un conjunto de metáforas, las cuales “(...) se han gastado y han quedado sin fuerza (...)”. En ese sentido, el escritor alemán considera que el lenguaje ha sido impuesto por el poder, y que hemos transmitido a nuestros descendientes esa legitimación, llegando a tomar por las cosas mismas las metáforas.

La metáfora en el s. XX

Durante el siglo XX, los estudios de la metáfora experimentan un auge considerable. Los principales enfoques para estudiar el tropo pueden dividirse en cuatro: semánticos (donde encajarían la teoría de la sustitución, la de la comparación y la de la interacción, así como el enfoque de la analogía condensada), pragmáticos, formalistas y cognitivos.

Figura 4. Principales visiones de la teoría semántica del lenguaje con respecto a la metáfora



Fuente: <https://lenguayliteraturap.blogspot.com/2016/05/18-tipos-de-metaforas-y-algunas.html>. 22 de abril de 2019.

Teorías semánticas

Black (1966, p. 42), uno de los máximos representantes de la teoría de la interacción, denominó "enfoque sustitutivo de la metáfora" a las tesis que consideran que el citado recurso sólo es un sustituto de un enunciado literal. Por tanto, según el autor de Modelos y metáforas, en este enfoque las metáforas son elementos reemplazables, y el lector ha de tratarlos como enigmas que debe descifrar (Black, 1966, p. 43). La sustitución de las metáforas por paráfrasis literales se produciría, pues, sin pérdidas de significado.

Efectivamente, el enfoque sustitutivo (prevaliente hasta la segunda década de los años 30 del siglo pasado) nació en la Retórica clásica, que consideraba que la metáfora es una desviación del uso normal del lenguaje. Black (1966, p. 45) recalca que la metáfora, para esa teoría, sólo ayudaría a distraer y a dar placer. La excepción se daría en los casos de catacrexis, a la que ya se había referido Cicerón (2002, p. 447) y que sirve para paliar imperfecciones lingüísticas (Black, 1966, p. 43-45).

Bajo nuestro punto de vista, las apreciaciones de Black se cumplirían plenamente en el Racionalismo y el Empirismo, cuyos representantes creían que la función de la metáfora era meramente decorativa. Sin embargo, en el caso de la Retórica, como ya hemos dicho, si bien Quintiliano o Aristóteles recomiendan

no abusar de la metáfora y alaban su función estética, ven valores cognitivos en el tropo, porque este sirve para detectar semejanzas entre dos elementos, y ello trae consigo la asimilación de ideas.

Teoría de la comparación

Black (1966, p. 45-6) explica que, para los defensores del “enfoque comparativo de la metáfora”, esta es considerada un símil o analogía en modo elíptico. Además, el autor de *Modelos y Metáforas* considera que la referida teoría de la comparación es un caso particular del enfoque sustitutivo, pues “(...) el enunciado metafórico podría sustituirse por una comparación literal equivalente” (Black, 1966, p. 45-6).

Samaniego Fernández (1998) recuerda que Way (1991), quien ha tratado de conciliar la semántica con la pragmática, ve dos principales problemas en la teoría de la comparación:

1. una paráfrasis literal no recoge toda la red de asociaciones existentes en una metáfora; y
2. la citada teoría no explica cómo es posible que la metáfora sea asimétrica (es decir, que sólo apunte a una dirección), cuando realmente es simétrica.

Por todo lo que hemos dicho en el punto anterior y teniendo en cuenta que la teoría de la comparación es un caso de la teoría de la sustitución, los dos citados problemas serían achacables también al segundo enfoque.

En sintonía con el primero de los problemas que Way vio en la teoría comparativa, Black ya había escrito en *Modelos y metáforas*:

La afirmación metafórica no es ningún sustituto de una comparación en toda regla ni de ningún otro enunciado literal, sino que posee una capacidad y un rendimiento propios y peculiares. Frecuentemente decimos “X es M”, y evocamos cierta conexión imputada entre M y un L imputado (o, mejor, un sistema indefinido L1, L2, L3,...), en casos en que nos hubiéramos visto en un gran apuro si, antes de construir la metáfora, hubiésemos tenido que encontrar algún parecido literal entre M y L; y, en algunos de estos casos, decir que la metáfora crea la semejanza sería mucho más esclarecedor que decir que formula una semejanza que existiera con anterioridad (Black, 1966, p. 37).

Teoría de la interacción

La teoría de la interacción (que nace, en los años 30 del siglo pasado, con las tesis de Richards) considera que entre los elementos de una metáfora no se produce una sustitución, sino una conexión. Además de Richards, el principal teórico de esta corriente es Black (1966, p. 48), quien habla concretamente de “enfoque interactivo de la metáfora”. Para el último teórico,

La metáfora no es un asunto de pura predicación. Aunque la estructura típica de la metáfora es ‘A es B’, tal estructura no es una estructura gramatical o una estructura reducible a una estructura gramatical. A y B designan los asuntos de la metáfora, acerca de lo que la metáfora versa. Tales asuntos se han denominado de diversas maneras (primario/secundario, tenor/vehículo, polo/marco), pero A y B no se han de identificar con los términos lingüísticos en los que se pueden encarnar (Bustos Guadaño, 2006).

Asimismo, A y B designan sistemas y no realidades aisladas. Aunque Black hablaba de sistemas de cosas, para todo lo que interesa se puede sustituir cosa por concepto o término lingüístico. Lo importante que hay que retener es que A y B son entidades complejas, más o menos laxamente estructuradas (Bustos Guadaño, 2006).

A partir de Richards, la metáfora es tratada como un acto de pensamiento; recuérdese que hasta entonces, por influencia de la Retórica clásica, el citado fenómeno se consideraba un uso desviado del lenguaje. Según el enfoque interaccionista, tanto el contexto como la evolución lingüística determinan si una expresión es literal o metafórica (Moreno Lara, 2005). De este modo, explica Ricoeur,

(...) la metáfora no existe en sí misma, sino en una interpretación. La interpretación metafórica presupone una interpretación literal que se destruye. La interpretación metafórica consiste en transformar una contradicción, que se destruye a sí misma, en una contradicción significativa. Esta transformación es lo que impone a la palabra una suerte de “torsión”: estamos constreñidos a dar una nueva significación a la palabra, una extensión de sentido, gracias a la cual podemos “crear sentido” allí donde la interpretación literal es propiamente insensata. Así, la metáfora aparece como la réplica a una cierta inconsistencia del enunciado interpretado literalmente (Ricoeur, 2008, p. 25).

Richards afirma que la metáfora es el modo común de operar del lenguaje, no una desviación, destacando nuestra capacidad innata para ver semejanzas entre las cosas (Simon Schumacher, 1987). Por tanto, con este pensamiento, el teórico inglés se opone a aquello que decía Aristóteles (2013, p. 92) de que la metáfora no es resultado de la enseñanza ni de la imitación, sino que depende única y exclusivamente del talento. Richards comparte con Nietzsche (2009) la idea de que todo lenguaje es metafórico en su origen.

Para el lingüista británico, en una metáfora se establecen relaciones entre las ideas de dos cosas distintas; esa interacción es la que provoca la aparición de una sola palabra o frase (Simon Schumacher, 1987). Richards alumbró dos nombres técnicos para diferenciar las ideas que interactúan en toda metáfora: el tenor es el tema principal (elemento real), y este es expresado conceptualmente por el vehículo (elemento irreal) (Simon Schumacher, 1987).

En esa misma línea, aunque cambiando la nomenclatura, el filósofo y matemático Max Black explicará que la metáfora posee dos asuntos: el principal (o literal) y el subsidiario (o metafórico) (Black, 1966, p. 49), y el efecto de la interacción es la organización de un sistema conceptual en términos del otro (Bustos Guadaño, 2006). Según el teórico caucásico, “La metáfora funciona aplicando al asunto principal un sistema de ‘implicaciones acompañantes’, característico al subsidiario” (Black, 1966, p. 54). Esas implicaciones son culpables de que los dos sistemas conceptuales no sean cerrados (Bustos Guadaño, 2006).

Para Black, en la interacción, el asunto metafórico es una especie de filtro, pues selecciona ciertos elementos y suprime otros, organizando los rasgos del asunto metaforizado. No obstante, la interacción entre los dos campos semánticos produce también modificaciones recíprocas. Claro que las transformaciones del plano irreal no son tan intensas como las del plano real (Moreno Lara, 2005). Esa idea —la interrelación altera a los elementos— es importante para entender el enfoque interaccionista. Black habló de los casos metafóricos “más corrientes”, que se apoyan en un sistema de implicaciones

que son lugares comunes o tópicos, es decir, ideas y creencias que comparte el grueso de una sociedad. Para que una metáfora funcione, esos tópicos no necesitan transmitir veracidad: lo fundamental es que se evoquen de forma rápida y espontánea (Black, 1966, pp. 49-50).

Sin embargo, Black (1966, p. 53) deja claro que las implicaciones también pueden ser constituidas en exclusiva por el autor, como sucede en la poesía: “(...) en un poema, o en un trozo de prosa tensa, el escritor puede establecer una configuración nueva y fresca de implicaciones de los usos literales de expresiones antes de utilizar estas como vehículo para sus metáforas”. Efectivamente, las implicaciones de muchos conceptos metafóricos de naturaleza poética son exclusivas del creador. La precisión de Black da cuenta, por ende, de la subjetividad que siempre (en mayor o menor medida) caracteriza a ese tipo de metáforas. Estamos, por tanto, ante tropos que trascienden las convenciones inherentes al lenguaje estándar.

En cualquier caso, las implicaciones deben ser utilizadas necesariamente por el lector “(...) como medio de seleccionar, acentuar y organizar las relaciones en un campo distinto (...)” (Black, 1966, p. 55). Y precisamente debido a esa exigencia, la teoría de la interacción que una metáfora no puede reemplazarse por una paráfrasis literal. Porque, según el autor de Modelos y metáforas, la citada figura posee capacidad y rendimiento propios: la utilización de un asunto subsidiario para penetrar en el asunto principal

(...) es una operación intelectual peculiar (aun cuando estemos suficientemente familiarizados con ella gracias a nuestra experiencia de aprender dondequiera que sea cualesquiera cosas), que reclama que nos demos cuenta simultáneamente de los dos asuntos, pero que no es reductible a comparación alguna entre ellos (Black, 1966, p. 55).

Perelman: la analogía condensada

Dentro del enfoque semántico, otro nombre que sobresale por su singularidad y enjundia es el de Chaïm Perelman. Estamos ante el padre de la Nueva Retórica, una de las principales teorías sobre argumentación del pasado siglo. Junto a la intelectual belga Lucie Olbrechts-Tyteca, el autor polaco estudió el nexo existente entre la metáfora y la analogía, como ya hiciera Aristóteles. Olbrechts-Tyteca y Perelman matizan, eso sí, las palabras del intelectual griego: para este, la analogía era un tipo de metáfora; para aquellos, la metáfora es un tipo de analogía.

Figura 5. Analogía condensada, en un anuncio de la empresa de panadería Délifrance



Antes de adentrarnos en la metáfora según el punto de vista de Perelman y Olbrechts-Tyteca, comencemos recordando el significado que tiene para ambos teóricos la analogía: “Nos parece que se resaltarán con la mayor claridad posible el valor argumentativo de la analogía si se la considera como una similitud de estructuras, cuya fórmula más general sería: A es a B lo que C es a D (...)” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 2000, p. 570).

Refiriéndose al conjunto de los términos A y B —que contienen la conclusión—, Perelman y Olbrechts-Tyteca hablan del tema. Para estos teóricos, el conjunto de los términos C y D —basamento del razonamiento— es el foro (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 2000, p. 571). Los autores de *Tratado de la Argumentación* precisan que entre tema y foro hay “(...) una relación asimétrica que nace del lugar que ocupan en el razonamiento” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 2000, p. 571). Y añaden que, para que exista analogía, es preciso que tema y foro no pertenezcan a un mismo campo (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 2000, p. 571).

Pues bien, según Perelman y Olbrechts-Tyteca (2000, p. 611), la metáfora no es más que la condensación de una analogía, y surge cuando se fusionan un elemento del tema y un elemento del foro. Esa fusión aproxima dos campos, facilitando la construcción de efectos argumentativos (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 2000, p. 611).

Estos teóricos explican que hay varios modos de marcar la fusión del tema y el foro, a saber: por medio de un adjetivo (“una exposición vacía, luminosa”), un verbo (“ella se puso a piar”) y un posesivo (“nuestro Waterloo”), por una determinación (“la tarde de la vida”) y una identificación (en este último caso la “cópula” señala el lugar homólogo en una relación analógica: “la vida es sueño”). Los autores de *Tratado de la argumentación* añaden que la fusión de los campos semánticos se manifiesta también en la creación de palabras compuestas (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 2000, pp. 614-616).

Perelman y Olbrechts-Tyteca (2000, p. 617) indican que, precisamente porque fusiona los campos, la metáfora es la principal herramienta de la creación poética y filosófica. Esta idea de fusión acerca a los creadores de *Tratado de la argumentación* al enfoque interactivo; no en vano, ambos teóricos reivindican a Richards (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 2000, p. 610).

La pragmática

Los lingüistas pragmáticos —Grice, Searle, Sperber, Wilson...— se oponen a las teorías semánticas, porque “(...) para interpretar las metáforas, no basta con los mecanismos de descodificación, sino que se requiere el concurso de principios deductivos más generales” (Escandell Vidal, 1993, p. 229). De manera que, en esa interpretación de las metáforas, entrarían en juego factores extralingüísticos (situacionales, contextuales, etcétera): “Sólo cuando la oración se realiza en una situación comunicativa concreta se convierte en un enunciado, y sólo entonces entran en funcionamiento las estrategias inferenciales que nos hacen interpretarla de la manera más relevante posible” (Escandell Vidal, 1993, p. 229). Es así como los abanderados de la teoría pragmática resuelven una cuestión peliaguda: ¿por qué no siempre hay coincidencia entre lo que se dice y lo que se quiere decir?

Según los pragmáticos, muchas metáforas tienen como basamentos connotaciones y propiedades contingentes de los objetos. En otras ocasiones, las propiedades atribuidas al objeto metaforizado pueden ir en dirección contraria incluso a las características que, científicamente, posee ese objeto. E incluso, también es posible que uno de los términos que edifican la metáfora no tenga ningún rasgo semántico (tal es el caso de los nombres propios) (Escandell Vidal, 1993, p. 225).

En *Logic and Conversation*, el filósofo británico Grice estudia la metáfora dentro de una teoría general del lenguaje que denomina implicatura conversacional. Dicha teoría está en consonancia con unos principios que, pese a no ser normativos, los hablantes generalmente aceptan, a fin de resultar comprensibles en una conversación (Escandell Vidal, 1993, p. 92). Todos esos principios se agrupan en el principio de cooperación, que Grice define de este modo: “Haga que su contribución a la conversación sea en, cada momento, la requerida por el propósito o la dirección del intercambio comunicativo en el que está usted involucrado” (Escandell Vidal, 1993, p. 92). Dicho principio de cooperación se desarrolla en cuatro máximas (Escandell Vidal, 1993, pp. 93-4): cantidad, cualidad, relación y modalidad.

La máxima de cantidad indica, por un lado, que la contribución del hablante debe ser todo lo informativa que requiera el propósito del diálogo; y, por otro lado, aconseja que uno no debe informar más de lo necesario.

En la máxima de cualidad, Grice expresa que el participante de una conversación ha de intentar que su contribución sea verdadera: por tanto, este no debe decir algo que crea falso o algo de lo que no tenga suficientes pruebas.

La máxima de relación pasa por decir cosas relevantes, con lo que el teórico inglés espera que las contribuciones de un hablante se adapten al tema de la charla.

En la última de las máximas que cita, la de modalidad, el autor de *Logic and Conversation* aconseja que el participante de una conversación sea claro.

Grice distingue claramente entre lo que se dice y lo que se comunica. Lo que se dice se corresponde con cómo entendemos, desde un punto de vista lógico, un enunciado, es decir, fijándonos únicamente en el contenido proposicional del mismo. Lo que se comunica hace alusión a aquella información que, aun transmitiéndose a través del enunciado, difiere de su contenido proposicional; Grice, por tanto, se refiere ahí a un contenido implícito al que llama implicatura (Escandell Vidal, 1993, pp. 94-95).

El autor inglés distingue dos clases de implicaturas, las cuales se explican de acuerdo con los principios que organizan la conversación: las convencionales y las no convencionales (Escandell Vidal, 1993, p. 95). Las primeras tienen su germen en los significados de las palabras, no en factores contextuales o situacionales. Las implicaturas no convencionales derivan de la intervención de otros principios. En este segundo tipo de implicaturas, Grice diferencia las conversacionales (cuando el principio en juego es el de cooperación) de las no conversacionales (cuando los principios invocados son de naturaleza estética, social o moral). A su vez, el lingüista británico distingue dos clases de implicaturas no conversacionales: las generalizadas y las particularizadas; las primeras, al contrario que las segundas, no dependen decisivamente del contexto de emisión.

El autor de *Logic and Conversation* explica que hay implicaturas basadas en la violación de alguna máxima; no en vano, la metáfora, al igual que la ironía o la hipérbole, subvierte una de las submáximas de cualidad: no decir algo que consideremos falso. Así, en esta figura, se produce una ruptura entre lo que el hablante dice y lo que comunica, pues las palabras metafóricas no deben interpretarse literalmente. Y para restaurar la vigencia de la máxima, es decir, para suponer la cooperación del emisor, es necesario buscar la implicatura correspondiente (Escandell Vidal, 1993, p. 99).

Escandell Vidal (1993, p. 229) encontró dos carencias en la propuesta de Grice: “En primer lugar, no proporciona un criterio fiable para identificar una metáfora, ya que no es cierto que todas las metáforas sean violaciones de la máxima de cualidad (es decir, no todas son falsedades evidentes)”. Y es que, según la lingüista española, algunas de las metáforas son violaciones de las máximas de cantidad (concretamente, de la primera submáxima) y de relación. “En segundo lugar, la propuesta de Grice no puede dar cuenta de los pasos que sigue el proceso de interpretación”, sentenció Escandell Vidal (1993, p. 230).

John Searle es otro de los pragmáticos más notorios. De acuerdo con Escandell Vidal (1993, p. 232), la lectura que Searle (1979) hace de la metáfora es verdaderamente importante, porque muestra a las claras que las interpretaciones del tropo dependen de informaciones, estrategias y conocimientos no exclusivamente gramaticales. El teórico americano llegó a la conclusión de que las metáforas presentan dos singulares propiedades: son restringidas y sistemáticas. Son restringidas porque no es posible crear una metáfora basándose en cualquiera de los sentidos en que una cosa se parece a otra, y son sistemáticas por lo siguiente: el emisor y el receptor comparten una serie de principios que propician la comunicación de la metáfora (Escandell Vidal, 1993, p. 230).

Para Searle, ciertos patrones de inferencia que funcionan constantemente determinan la interpretación de las metáforas; en ellos, son distinguibles tres tipos de estrategias: de reconocimiento, de cálculo y de restricción.

Las estrategias de reconocimiento permiten al hablante saber si hay que buscar una interpretación metafórica. Estas estrategias indican lo siguiente: en el caso de que el enunciado se interprete literalmente, existe alguna clase de anomalía, la cual puede tener cariz semántico o puede provenir de la violación de dos de las máximas (de cantidad y de relación) pertenecientes al principio de cooperación (Escandell Vidal, 1993, pp. 231-2).

Existen rasgos que se pueden asignar a la entidad con respecto a la cual son semejantes dos elementos. Esos rasgos —reales o atribuidos— se pueden computar a través de las estrategias de cálculo (Escandell Vidal, 1993, p. 231-2).

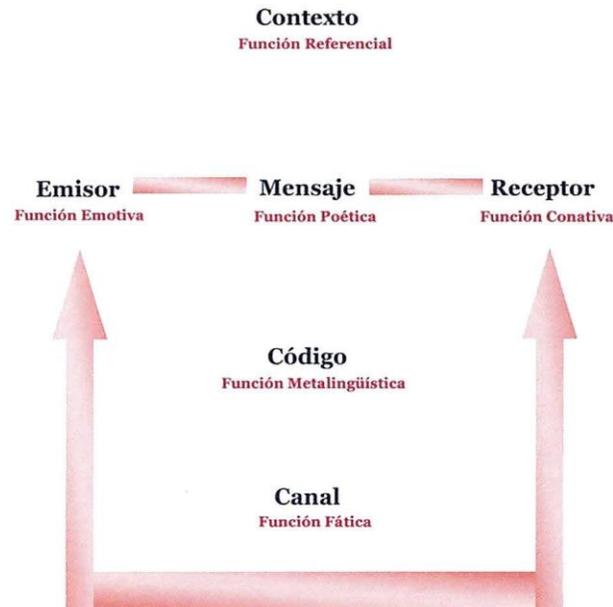
Las estrategias de restricción permiten acotar el número de rasgos posibles, identificando así el factor concreto a través del cual se edifica la metáfora (Escandell Vidal, 1993, p. 231).

El formalismo ruso

Encabezado por Shklovski, el formalismo ruso fue una importante corriente que tenía por objetivo hallar las causas de la literariedad, o sea, qué hace que un discurso se convierta en poesía. El teórico eslavo consideró que el lenguaje poético se caracteriza por la relevancia que en él tiene el aspecto articulatorio, esto es, la realidad fónica y material de un vocablo dentro del verso. Para Shklovski, el poema, en lugar de ser reconocido racionalmente, debe percibirse como signo, como objeto que tiene la competencia de deformar la realidad, atrayendo así la atención del lector (Gómez Redondo, 1994, p. 57). La forma crearía, pues, el fondo.

En esa línea, otro de los máximos exponentes del formalismo ruso, Jakobson (1981, p. 358), definió la función poética del lenguaje afirmando que en esta el mensaje está orientado hacia sí mismo, y ello se traduce en la belleza expresiva.

Figura 6. Esquema de las funciones del lenguaje, de acuerdo con el planteamiento de Roman Jakobson



Fuente: <https://www.comunicologos.com/teorias/modelo-de-jakobson/>. 2 de mayo de 2019.

Para Jakobson (1973, p. 133), la metáfora es una figura que establece una “relación de semejanza” entre sus dos términos. El formalista ruso parte de la afasia, un trastorno que impide o limita la capacidad del habla y que se origina debido a una lesión en las llamadas áreas del lenguaje de la corteza cerebral. Pues bien, basándose en ese trastorno, Jakobson formuló una controvertida teoría axiológica en donde explica que el lenguaje tiene un carácter doble: la selección y la combinación: “Hablar supone seleccionar determinadas entidades lingüísticas y combinarlas en unidades de un nivel de complejidad más elevado” (Jakobson, 1973, p. 105). El teórico ruso explicó así esa dicotomía:

1) La combinación.—Todo signo está formado de otros signos constitutivos y/o aparece únicamente en combinación con otros signos. Esto significa que toda unidad lingüística sirve a la vez como contexto para las unidades más simples y/o encuentra su propio contexto en una unidad lingüística más compleja. De aquí que todo agrupamiento efectivo de unidades lingüísticas las englobe en una unidad superior: combinación y contextura son dos caras de la misma operación.

2) La selección.—La opción entre dos posibilidades implica que se puede sustituir una de ellas por la otra, equivalente a la primera bajo un aspecto y diferente a ella bajo otro. De hecho, selección y sustitución son dos caras de la misma operación (Jakobson, 1973, p. 109).

Según Jakobson (1973, p. 110), en un contexto los elementos se hallan en situación de contigüidad, mientras que en un grupo de sustitución los signos se encuentran unidos entre sí por varios grados de similitud.

Una vez establecida esta teoría general, Jakobson (1973, p. 133) explica que la afasia consiste en cualquier trastorno de una de estas facultades: la de selección y sustitución o la de combinación y contextura. Este descubrimiento lleva al autor de *Fundamentos del Lenguaje* a abarcar los conceptos de metáfora y metonimia: “El primer tipo de afasia suprime la relación de semejanza; el segundo, la de contigüidad. La metáfora es ajena al trastorno de la semejanza y la metonimia al de la contigüidad” (Jakobson, 1973, p. 133).

De acuerdo con Jakobson (1973, p. 133), un discurso puede engendrar dos directrices: la forma metafórica (mutua semejanza) y la metonímica (contigüidad). También explica el lingüista ruso que, en la afasia, cualquiera de esas formas —a las que prefiere llamar desarrollo metafórico y desarrollo metonímico— se ve imposibilitada o, cuando menos, restringida. En la conducta verbal normal, si bien es cierto que ambos desarrollos operan continuamente, uno suele predominar sobre el otro por influjo de la cultura, del estilo verbal o de razones personales (Jakobson, 1973, p. 134).

Jakobson (1973, p. 134) considera interesante el campo literario para comprobar esa alternancia entre los dos procesos; así, en el romanticismo y en el simbolismo, el proceso metafórico predomina sobre el metonímico, mientras que este último es el que prevalece en la corriente realista.

Pero Jakobson va más lejos, demostrando que los citados procesos son visibles no sólo en el arte verbal. Por ejemplo, en el ámbito cinematográfico, el autor de *Fundamentos del lenguaje* explica que el director D. W. Griffith apostó por un montaje metonímico, en el cual abundan los primeros planos en sinécdoque, y ello posibilitó que el celuloide desarrollase un lenguaje propio, diferenciándose de tradición teatral, al priorizar el cambiar el ángulo, la perspectiva y el enfoque. Sin embargo, en las obras de Charles Chaplin, el montaje metafórico prevaleció sobre el metonímico: sus fondos superpuestos son símiles (Jakobson, 1973, p. 176).

La lingüística cognitiva

Los máximos representantes de la lingüística cognitiva, que descolló en la década de los 80, son George Lakoff, Mark Johnson y Ronald Langacker. Esta escuela se caracteriza principalmente por defender la relación entre el lenguaje y nuestro modo de percibir el mundo.

Como sintetiza Díaz (2006, p. 43), los autores cognitivos, al igual que los interaccionistas, se distancian de la Retórica y de la teoría de la sustitución. Lakoff y compañía consideran que en las metáforas no siempre existe un desvío de la literalidad. Para ellos, tanto en el lenguaje cotidiano como en el creativo generalmente se producen conexiones entre los elementos de una metáfora; durante el discurso correspondiente, esas interrelaciones se manifiestan de forma distinta. En esos casos, por tanto, la figura no puede reemplazarse por una paráfrasis literal sin pérdida de significado.

En consecuencia, la teoría cognitivista considera que en una metáfora se superponen dos dominios o campos semánticos, los cuales “(...) son como dos imágenes que se proyectan una sobre otra, y por eso el cognitivismo no habla tanto de metáfora como de proyección metafórica” (Díaz, 2006, p. 43). Esas dos imágenes abarcan varios casilleros o elementos. Los casilleros de uno de los dominios se relacionan con los casilleros del otro dominio. Lakoff denomina a los citados dominios de este modo: dominio meta y dominio fuente. El primer campo semántico es el que buscamos metaforizar (elemento real); y el segundo, la imagen de la cual extrajimos la metáfora (elemento irreal) (Díaz, 2006, p. 44). Recordemos que al primer elemento Black le había llamado asunto real; y al segundo, asunto subsidiario.

En *Metáforas de la vida cotidiana*, Lakoff y Johnson (2009, p. 41) ofrecen esta definición clarificadora de la figura semántica que ocupa el presente trabajo: “La esencia de la metáfora es entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra”.

Lakoff y Johnson (2009) llaman “cotidianas” a aquellas metáforas que empleamos a diario. Estas se corresponden con las metáforas “más corrientes” a las que se refería Black (1966, pp. 49-50), y tienen sus bases en nuestra experiencia física y cultural, siendo, por tanto, deudoras de una fuerte convencionalización (Lakoff y Johnson, 2009, p. 56). Quieren decir con esto los lingüistas americanos que no usamos dichas metáforas cotidianas de forma arbitraria; tan familiarizados estamos con ellas, que las más de las veces no somos conscientes de que las empleamos (Lakoff y Johnson, 2009 p. 40).

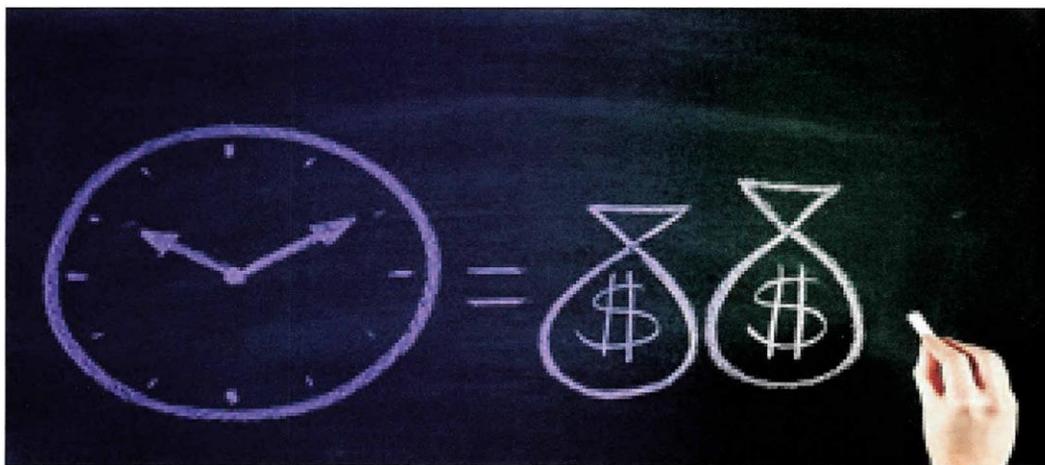
Efectivamente, de acuerdo con Lakoff y Johnson (2009 p. 39), las metáforas cotidianas impregnan no sólo nuestro lenguaje, sino también nuestras acciones y nuestro pensamiento. Un individuo, al expresar que “El tiempo es dinero”, que “Una discusión es una guerra” o que “El amor es magia”, actúa según cómo se conciben esos conceptos (el tiempo, una discusión, el amor) en la sociedad occidental.

Estas líneas sintetizan buena parte de la teoría cognitiva:

Puesto que gran parte de nuestras realidades sociales se entienden en términos metafóricos, y dado que nuestra concepción del mundo físico es esencialmente metafórica, la metáfora desempeña un papel muy significativo en la determinación de lo que es real para nosotros (Lakoff y Johnson, 2009, p. 188).

Muchas metáforas cotidianas —como demuestran Lakoff y Johnson (2009) siguiendo a Black (Bustos Guadaño, 2006)— se pueden englobar dentro de diferentes temas o topoi. Así, las expresiones “Su tiempo es valioso” o “He malgastado mi tiempo contigo” son variaciones del tronco metafórico “EL TIEMPO ES DINERO” (Lakoff y Johnson, 2009, p. 44).

Figura 7. Representación de la metáfora “El tiempo es dinero”



Fuente: <http://www.prestamosavance.com/blog/recuerde-que-el-tiempo-es-dinero-benjamin-franklin/>. 2 de mayo de 2019.

Lakoff y Johnson establecieron tres clases de metáforas cotidianas:

- Metáforas “orientacionales”: organizan un sistema general de conceptos con relación a otro. Al concepto real le dan una orientación espacial (Lakoff y Johnson, 2009, p. 50). Sirva como ejemplo el topos “LO BUENO ES ARRIBA; LO MALO ES ABAJO” (Lakoff y Johnson, 2009, p. 53), del cual derivan expresiones como “La cúspide del éxito” o “Ha caído en una depresión”.
- Metáforas “ontológicas”: permiten categorizar un fenómeno —actividades, acontecimientos, ideas, emociones...— como como una sustancia (“Me exprimí toda la energía”), una entidad (“La economía está subiendo”), un recipiente (“Está en el monte”) y una persona (“El perro me está hablando”, ejemplo de personificación). Un concepto abstracto, por tanto, se corporiza o se personifica (Díaz, 2006, p. 53).
- Metáforas “estructurales”: de elaboración verdaderamente rica, son aquellas en las que los conceptos aparecen estructurados en términos de otros muy delineados (Lakoff y Johnson, 2009, p. 101). Ya hemos visto un tema de esta clase: tiempo = dinero. Otro topos “estructural” es “UNA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA” (Lakoff y Johnson, 2009, p. 40), del cual derivan expresiones como “Se ha puesto a la defensiva” o “Lo aniquilé en el debate del pasado año”.

Figura 8. Tres metáforas cotidianas de carácter “estructural”, con varias de sus expresiones derivadas



Fuente: <https://clic.es/formacion/el-poder-de-las-metaforas/>. 22 de abril de 2019.

Cabe señalar que Lakoff y Johnson (2009, p. 181) también contemplan las metáforas “imaginativas y creativas”, aquellas que son conocidas igualmente como “poéticas” (Bustos Guadaño, 2006) y que conectan con el segundo tipo de metáforas planteadas por Black (1966, p. 53). Según Lakoff y Johnson, las metáforas poéticas se encuentran al margen de nuestro sistema conceptual ordinario y pueden ayudarnos a comprender de un modo nuevo nuestras experiencias: “Tales metáforas pueden proporcionarnos una nueva comprensión de nuestra experiencia. Pueden dar nuevo significado a nuestras actividades pasadas, así como a las actividades cotidianas, y a lo que sabemos y creemos” (Lakoff y Johnson, 2009, p. 181). No obstante, Lakoff y Johnson consideran que no es sencillo cambiar las metáforas que están asentadas en la sociedad y que organizan nuestro sistema conceptual. Pero lo fundamental, de acuerdo con los estudiosos cognitivos, es que las metáforas imaginativas poseen la capacidad de crear una nueva realidad:

Esto empieza a suceder cuando empezamos a comprender nuestra experiencia en términos de una metáfora, y se convierte en una realidad más profunda cuando empezamos a actuar en sus términos. Si se introduce en el sistema conceptual, en el que fundamentamos nuestras acciones, una nueva metáfora, puede alterar el sistema, así como las percepciones y acciones a que da lugar el mismo (Lakoff y Johnson, 2009, p.187).

En ese sentido, Lakoff y Johnson (2009, p. 187) recuerdan que muchos de los cambios culturales se producen cuando se introducen nuevos conceptos metafóricos que acarrearán la pérdida de los viejos. Obviamente, las palabras no cambian por sí solas la realidad, pero “(...) los cambios en nuestro sistema conceptual cambian lo que es real para nosotros y afectan la forma en que percibimos el mundo y actuamos sobre la base de esas percepciones” (Lakoff y Johnson, 2009, p. 187).

CONCLUSIONES

- La metáfora ha sido objeto de numerosos estudios desde la Antigua Grecia. Todos los grandes expertos en la mencionada figura retórica coinciden en que esta establece una relación de semejanza entre dos elementos, uno real y otro imaginario.
- Todos los especialistas en la metáfora (con la excepción de los exponentes del Racionalismo y el Empirismo) han visto en el recurso semántico valores no sólo estéticos, sino también cognitivos; así, al poner en relación —por vía de la semejanza— dos campos semánticos, un individuo organiza y entiende un concepto en términos de otro y, en consecuencia, transmite ideas y emociones a sus interlocutores.
- No sólo los poetas emplean las metáforas. Como demostraron Black (1966) y Lakoff y Johnson (1980), existen dos modalidades metafóricas: las cotidianas, cuyas bases están en las convenciones sociales y sirven para hacer más efectiva la comunicación; y las poéticas, que pertenecen al ámbito creativo, fruto de la subjetividad, y otorgan belleza expresiva a al discurso.
- Hasta las primeras décadas del s. XX fue hegemónica la concepción de la metáfora que instauró la Retórica clásica y que consistía en la sustitución de un término por otro, lo cual se consideraba una desviación del uso ordinario del lenguaje. Esa concepción fue superada, en los años 30 del siglo pasado, por la teoría semántica de la interacción, que explica que entre el elemento real y el irreal se establecen conexiones, sin que se produzca el reemplazo de significado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADDISON, J. (1991). Los placeres de la imaginación y otros ensayos de The Spectator. Madrid España: Visor.
- ARISTÓTELES (2012). Retórica. Madrid, España: Alianza Editorial.
- ARISTÓTELES (2013). Poética. Madrid, Alianza Editorial.
- BLACK, M. (1962). Modelos y metáforas. Madrid, España: Editorial Tecnos.
- BLACK, M. (1993). "More about Metaphor", en Ortony, A. (ed). Metaphor and Thought. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, pp. 19-41.
- <https://doi.org/10.1017/CBO9781139173865.004>
- BUSTOS GUADAÑO, E. (2006). "Pragmática y metáfora". Madrid, España: BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/signa-revista-de-la-asociacion-espanola-de-semiotica--11/html/dcd92a92-2dc6-11e2-b417-000475f5bd_a5_18.htm [fecha de consulta: 6 de abril de 2016].
- CICERÓN, M. T. (2002). Sobre el orador. Madrid, España: Gredas.
- DÍAZ, H. (2006). "La perspectiva cognitivista", en Di Stéfano, M. (coord). Metáforas en movimiento. Buenos Aires, Argentina: Biblos, pp. 41-60.
- DUEÑAS, A. (2014). Retórica y creación. Madrid, España: Editorial Fragua.
- Escandell Vidal, M. V. (1993). Introducción a la pragmática. Barcelona, España: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- GÓMEZ REDONDO, F. (1994). El lenguaje literario: teoría y práctica. Madrid, España: Edef.
- GRACIÁN, B. (2002). Arte e ingenio. Tratado de la agudeza. Madrid, España: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/agudeza-y-arte-de-ingenio--0/html/> [fecha de consulta: 7 de abril de 2016].
- GRUPOμ (1987). Retórica general. Barcelona, España: Ediciones Paidós.
- JAKOBSON, R. (1980). "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos", en Jakobson, R. y Halle, M. (1980): Fundamentos del lenguaje. Madrid, España: Editorial Ayuso en coedición con Editorial Pluma Ltda, pp. 99-143.
- JAKOBSON, R. (1981). Ensayos de lingüística general. Barcelona, España: Seix Barral.
- LAKOFF, G. Y JOHNSON, M. (2009). Metáforas de la vida cotidiana. Madrid, España: Cátedra.
- LOCKE, J. (2017). Ensayo sobre el entendimiento humano. Bogotá, Colombia: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de: <https://epri.ufm.edu/pensamientocritico/john-locke-ensayo-entendimiento-humano/> [fecha de consulta: 17 de abril de 2019].
- MORENO LARA, Á. (2005). La metáfora conceptual y el lenguaje político periodístico. Universidad de la Rioja. Logroño: España. Recuperado de: dialnet.unirioja.es/descarga/tesis/114.pdf [fecha de consulta: 17 de abril de 2019].
- NIETZSCHE, F. (2009). Sobre verdad y mentira en sentido extramoral. Montevideo, Uruguay: Biblioteca Digital del Ministerio de Educación de Uruguay. Recuperado de: <http://www.edu.mec.gub.uy/bibliotecadigital/libros/N/Nietzsche-Sobreverdadymentiraensentidoex.pdf> [fecha de consulta: 17 de abril de 2019].
- PERELMAN, CH. Y OLBRECHTS-TYTECA, L. (1989). Tratado de la argumentación. Madrid, España: Editorial Gredas ..
- QUINTILIANO, M. F. (2004). Instituciones oratorias. Madrid (España): Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SiervoObras/24616141101038942754491/index.htm> [fecha de consulta: 7 de abril de 2016].
- RICHARDS, I. A. (1936). The Philosophy of Rhetoric. Londres, Reino Unido: Oxford University Press.
- Ricoeur, P. (2008). Hermenéutica y acción. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.

- SAMANIEGO, E. (1998). "Estudios sobre la metáfora". *Especulo*, nº 8, marzo-junio. Madrid, España: Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de: http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero8/e_samanl.html [fecha de consulta: 1 de abril de 2014].
- SEARLE, J. (1979). "Metaphor", en Ortony, A. (ed.) (1993): *Metaphor and Thought*, 2ª ed. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, pp. 83-111.
<https://doi.org/10.1017/CBO9781139173865.008>
- SH EL LEY, P. B. (1942). *Defensa de la poesía*. Barcelona, España: Ediciones Aymá.
- SIMON SCHUMACHER, L. (1987). "El principio omnipresente de la metáfora". Oviedo, España: Universidad de Oviedo. Recuperado de: <https://www.unioviedo.es/reunido/index.php/RFF/article/view/1822/1696> [fecha de consulta: 17 de abril de 2019].
- VEGA RODRÍGUEZ, MARGARITA (1999). "Metáforas de interacción en Aristóteles". Madrid, España: Universidad Complutense de Madrid. *Especulo*, nº 11, junio. Recuperado de: http://www.ucm.es/info/especulo/numeroll/met_ari.html [fecha de consulta: 2 de enero de 2014].
- VIVES, J. L. (1998). *El arte retórica. De ratione dicenci*. Barcelona, España: Anthropos Editorial.
- WAY, E. C. (1991). *Knowledge Representation and Metaphor*. Oxford, Reino Unido: Kluwer Academic Publishers, pp. 27-60.
<https://doi.org/10.1007/978-94-015-7941-4>

Fuentes de financiamiento: Esta investigación fue financiada con fondos de los autores.

Declaración de conflicto de intereses: Los autores declaran que no tiene ningún conflicto de interés.

Copyright (c) 2020 Héctor Acebo Bello



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Usted es libre para Compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y Adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso para fines comerciales, siempre que cumpla la condición de:

Atribución: Usted debe dar crédito a la obra original de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace de la obra.

[Resumendelicencia](#) - [Textocompletodelalicencia](#)